

## BIBLIOGRAFIA

HECTOR JORGE PADRON, *Materia y materiales en Aristóteles*, Editorial Fundación Ross, Rosario, 1987, 240 pp.

Es indudable que el viejo Aristóteles sigue dando que hacer, a veintitrés siglos de su muerte; y a tal punto es esto así que cada tanto se vuelve no solamente sobre los mismos temas sino aún sobre temas tan fundamentales de su pensamiento que bien podrían ser considerados —supuestamente— ya definidos, aclarados y, en una buena parte, desarrollados de una vez para siempre. Sin embargo, la experiencia enseña que lo que precisamente acontece es lo contrario: Aristóteles sigue siendo noticia hasta en la constante vuelta y revuelta a que obligan sus principios, en procura de mejor comprensión y ampliación.

Hoy es un filósofo argentino: Héctor J. Padrón, quien sale a la palestra con un renovado interés por el clásico tema de la *materia*: "Nuestro trabajo intenta mostrar que junto al esquema de *substrato* para la materia, efectivamente presente en Aristóteles habría, además, el esquema de *los materiales*, es decir el aspecto de la materia que corresponde al dinamismo y la asunción de la forma entendida como fin o función, sea en el ámbito de la naturaleza sea en el de la técnica" (p. 20). Y tras estas palabras proemiales queda fijado todo un programa de tarea, que Padrón cumple apretada pero juiciosamente, rebuscando sus argumentos a través de *todos los libri naturales* del Estagirita; porque como bien señala —y coincido cordialmente con él— "el establecimiento de los principios de una *ciencia física* (*Phys.*, I, 1, 184 a 14-15) importa no sólo a la obra que conocemos con este título sino, también, al resto de una investigación que concreta y particulariza en *diversos tratados: Del cielo, De la Generación y de la Corrupción, Meteorológicos*".

En cumplimiento de tal programa comienza Padrón analizando el *esquema de la materia como substrato* en *Phys.*, I y II. El primer tema fundamental es aquí el de la *materia* (prima), asunto ciertamente discutible para quienes seriamente se aplican a desentrañar el pensamiento de Aristóteles al caso; sólo apuntaremos aquí que Padrón, tras una prudente presentación y análisis de textos, sostiene que Aristóteles aceptó sin más la realidad del cambio substancial, siendo su objetivo no "probar la existencia de un cambio substancial sino, en realidad, mostrar su posibilidad racional" (p. 68); razón por la cual ha ido pasando, en su crítica a sus antecesores, desde el plano de la pura lógica hasta intentar alcanzar lo ontológico, llevando "hasta sus últimas consecuencias la *solidaridad* entre el discurso y lo real" (p. 53; lo cual nos parece muy bien expresado). Y en tanto que la experiencia muestra la real ocurrencia de cambios, el estado previo de la substancia será *potencial* con respecto a la nueva actualización: "sólo podemos acceder a la pura potencialidad a partir de la actualidad de una substancia; actual, dicha substancia alude a la posibilidad de una fase previa. Esta posibilidad no es, sin embargo, una mera abstracción sino una *realidad* pues la actuación de la substancia fue *realmente* posible" (p. 74). Es de alabar el cuidado con que evita Padrón hablar aquí de una "materia prima": siempre se refiere a "hyle" o a "materia", aclarando que "esta materia, en todo caso, es lo que la *tradición* llamará *materia prima*" (p. 70).

Una vez planteado así, y con los detalles que el lector interesado buscará directamente en la obra, pasa nuestro autor a ocuparse de lo que denomina *Es-*

**quema de los materiales:** de la hyle considerada como substrato último del cambio (*Phys.*, I) comienza Aristóteles —y Padrón en pos— a considerar aquella materia es aquello *con lo cual* opera tanto la naturaleza cuanto el arte. En este tratamiento dinámico-causal la explicación de lo natural —la caracterización de la *Physis*— se hará en función de lo mejor conocido para el hombre: de aquello de lo cual es autor, de lo artefacto; pasando así a considerar el conocimiento de lo natural-facto gracias al puente tendido por la idea de que “el arte imita la naturaleza”. De la cual idea hace Aristóteles amplio uso, y así: “el modelo inmanente de la naturaleza es pensado a partir del modelo transitivo del arte” (p. 89). Y al reproche que de antropomorfismo suele hacerse a Aristóteles, responde muy bien Padrón haciendo notar que “*puede* haber otro (antropomorfismo), bueno, consciente de sí (puesto que al cabo) el hombre es el vínculo inteligible de la naturaleza” (pp. 89-90). ¿Son estos dos esquemas: el de la materia como substrato último absoluto de todo cambio, y el de la materia como materiales con los cuales, efectivamente, operan el hombre y la naturaleza, realmente irreductibles, de modo que sea necesario elegir uno u otro? ¿Ha sido Aristóteles coherente, a través de sus obras físicas, en la utilización de esos esquemas? Esto es lo que estudia Padrón en el capítulo siguiente, ocupándose de hacer aflorar uno u otro de aquellos esquemas según lo permitan: en primer lugar, el *De caelo, de generatione et corruptione y meteorologica*; posteriormente, *de partibus animalium y de generatione animalium*.

Una cuidadosa consideración de los pasos pertinentes le autoriza a afirmar que ambos esquemas “corresponden a dos momentos o aproximaciones diferentes de un mismo fenómeno: la generación substancial (... pues...) el esquema de los materiales *siempre supondrá* el esquema del substrato (...). El Estagirita utiliza ambos *complementariamente* a fin de recuperar la inteligibilidad y el ser de la totalidad del fenómeno de la generación” (p. 138).

Pero ahora se plantea clásicamente —y Padrón asiente a ello— el problema del ente viviente como el ejemplo más claro de substancia, de unidad substancial (y el único, en realidad, de que dispone Aristóteles): “¿Cómo habrá que concebir la unidad substancial de un ser que, como el hombre o el caballo, por ejemplo, es engendrado atravesando ciertas etapas a partir de una materia *ya* determinada, o dicho de otro modo: poseyendo un cuerpo orgánico que tiene vida en potencia y que es el *correlato* material de un alma entendida como forma substancial?” (p. 138); en otras palabras: “¿Hasta qué punto el esquema extraído del ámbito técnico —el esquema de los materiales— puede dar cuenta de la generación de las substancias, toda vez que el fenómeno de la generación substancial pertenece proplamente al ámbito de la naturaleza?” (p. 148). Tras un adecuado estudio de los pasos pertinentes del *De anima*, la respuesta no se hace desear: está allí cuando se considera que para Aristóteles el alma inhiere en un *cuerpo organizado* que tiene vida en potencia, y no en un *substrato* que de sí es absoluta indeterminación. Si dejamos de lado aquí, para no alargarnos, las interesantes observaciones que hace Padrón a ese tratamiento del ente viviente, digamos que la solución de Aristóteles debe ahora pasar de la más o menos clara situación que la substancia viviente establece, al tema de la unidad de *toda* substancia sensible; ello lleva a Padrón a incursionar en *Met.*, Z y H, en procura de estudiar una elaboración metafísica que busca lograr Aristóteles de ambos esquemas: el de la substancia y el de los materiales, en función de la definición de *ousía*, del proceso de generación (natura y arte), de la relación entre el todo y las partes, etcétera.

Tras su conciso y detallado estudio, ejemplo de rigurosidad metódica en la busca inteligente de una respuesta final (?) a una bien planteada cuestión, concluye Pedrón en que Aristóteles se mueve, en el terreno de la substancia sensible y su dinamismo, con dos esquemas: el esquema del substrato, y el esquema de los materiales; aun cuando reconoce que tal uso no es siempre todo lo coherente que sería de desear (p. 196); siempre esos esquemas aparecen como complementarios y no excluyentes, puesto que ninguno de ellos es bastante a explicar todos los casos de cambio: "En resumen podemos decir lo siguiente: el esquema del substrato aparece como indispensable para comprender la posibilidad más radical de *todo* cambio. Ahora bien, una vez asegurada esta *posibilidad* del cambio, el Estagirita se vuelve hacia el fenómeno concreto e inmediato del cambio inscrito en el espacio y en el tiempo, allí maneja otro esquema para la materia, a saber: el esquema de los materiales" (p. 197).

En fin: es esta obra de Padrón de aquellas que tienen claro comienzo (tesis), preciso desarrollo bien documentado y pensado, y adecuado fin; todo lo cual no es poco decir para decirlo brevemente; si quisiéramos agregar algo más, para el lector perito, será suficiente con añadir que se hallará allí amplio material de consenso y bien marcados motivos para discutir con el autor.

Doble ha sido nuestro regocijo al leerla: por un lado, hemos gozado del saber que por su intermedio nos comunica su autor; por otro, su misma aparición eleva decididamente el paupérrimo nivel intelectual de nuestra agonizante industria editorial, tan necesitada ella de cultura (por no decir "de sabiduría", para no sembrar desesperanza).

J. E. BOLZÁN

FEDERICO MIHURA SEEBER, *Metodología Política II, Dialéctica - Dialéctica Peirástica - Dialéctica Agonal*, colec. Cuadernos de Cátedra; INCIP-UCA, Buenos Aires s/f (1987-88), 63, 34 y 36 págs.

Esta obra, que comprende por ahora tres cuadernillos, pulcramente editados y con pocos errores tipográficos, son obra del Profesor titular de Metodología en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina, y han sido publicados por el Instituto de Investigaciones en Ciencias Políticas de la UCA (INCIP) y el Fondo Editorial de Ciencias Políticas de la misma Universidad.

El primer cuadernillo, intitulado *Dialéctica*, comprende *Nociones Generales sobre método, ciencia, realismo y Dialéctica* y *La Argumentación Dialéctica*, así como varios Apéndices y Modelos de Ejercitación.

El segundo cuaderno se refiere a la *Dialéctica Peirástica*, es decir, la dirigida fundamentalmente a la "inventio" de la verdad teórica; es una dialéctica de "prueba o examen".

El tercero, *Dialéctica Agonal* (primera parte), tiene un fin práctico y se ordena a "hacer primar una posición sobre otra" (p. 1) y es la que se da sobre todo en la discusión política. Se llama también *Dialéctica erística*.

El autor se funda principalmente en Aristóteles (*Tópicos*), Santo Tomás de Aquino (*In Perih. et Post. Analyt. Expositio*) y, entre los contemporáneos, en Viewheg, Perelman-Tyteca, Sheila O'Flynn ("The first meaning of «rational process» in S. Th. Aq. In Boeth. de Trinitate", *Laval Théol. et Philosoph.*) y J. Isaac O. P. ("La notion de dialectique chez S. Th. d'Aquin", *Revue des Sciences Phil. et Théol.*, Paris, Octubre 1950). Pero es importante el aporte personal del autor, que revela su dominio de la materia.